

EL POETA Y LA ANÉCDOTA

Altamente reveladora del carácter, la anécdota forma parte especial del género periodístico que ha hecho brillar a muchos de sus cultores. Algunas de ellas recogidas directamente de sus propias fuentes, los actores; y las más, del acerbo popular que nos han llegado a través de la pluma ágil del periodista, para revelar el carácter de las personas. El poeta figura en primera línea entre los hombres de creación de la humanidad. He aquí algunos episodios que nos trae el *Diccionario ilustrado de anécdotas* de Vicente Vega:

Cierta vez, Víctor Hugo recibió en su casa un sobre cerrado dirigido «al mejor poeta actual». Inmediatamente tomó un taxi y se dirigió a la casa de Lamartine, a quien le dijo que por error habían dirigido el sobre a su domicilio, y que él era, a su juicio, el mejor poeta del momento. Lamartine se excusó diciendo que no había tal error y que el sobre estaba bien dirigido, ya que consideraba que Víctor Hugo era realmente el mejor poeta francés de la hora.

Después de los cumplidos de este tipo, ambos poetas decidieron desengañarse y abrir el sobre para saber la verdad. La carta comenzaba: «Querido Alfredo...»

Los dos autores se quedaron un tanto confusos. La carta, que firmaba Alejandro Dumas, era para Alfredo de Musset.

Era proverbial la gracia y soltura del «príncipe de los líricos», «hijo de Apolo», don Francisco de Quevedo, rimador insigne, prosista robusto y limpio, hombre de mundo, entendido en política y diplomacia.

Han corrido muchas anécdotas, las mayores apócrifas, teñidas de subido color y algunas de ellas groseras, con que el vulgo gustaba de llevar y traer a tan conocido personaje de las letras y de la bohemia.

Una vez, invitado por una dama a quien galanteaba, llegó al pie del balcón, y fue instado por ella a subir dentro de una cuba, que debería ser suspendida por los criados. No dudó el ingenuo en subir, pero se dio con la ingrata sorpresa de quedar suspendido en el vacío, a varios metros del suelo, zarandeado y cubierto de improperios.

Atraídos por el escándalo, se hicieron presentes los serenos y, al lanzar el ritual: «quién vive», Quevedo contestó: «Soy Quevedo, que no sube ni baja ni está quedo».

Paseábase Víctor Hugo en su jardín en actitud meditativa, cuando acertó a pasar el «impecable cincelador de poemas *antiques*», Leconte de Lisle.

—No acertará usted lo que estaba pensando —dijo Víctor Hugo, luego de un breve saludo.

—En alguna obra nueva, maestro —respondió De Lisle.

—No, pensaba en lo que podré decirle a Dios cuando me encuentre en su presencia.

Leconte de Lisle, sin pensarlo, añadió:

—Le dirá usted: «querido colega».

Enrique Heine, el «ruiseñor alemán que hizo nido en la peluca de Voltaire», pasó los ocho últimos años de su preciosa existencia postrado en cama, víctima de una grave dolencia. En su lecho escribió su famoso *Cancionero*, colección de poesías de sutilísimo aroma.

Es notable su valentía ante la muerte, que lo rondaba tan tempranamente. Había advertido al médico que le avisara cuando se acercase el momento decisivo. Una noche, advirtiendo en los ojos del doctor la gravedad del momento, le preguntó:

—¿Voy a morir ya?

—El momento se acerca, amigo mío.

—Gracias... mi mujer duerme; no la despierte. Esas flores que compró esta mañana... Adoro las flores... Póngalas sobre mi pecho, así... Gracias, muchas gracias....

Y así, dulcemente expiró el último poeta del siglo XIX que, al decir de Menéndez y Pelayo, era el más cercano a España y, por eso tal vez, el más amado por muchos.

La conocida frase «Luz, más luz», que pusieron en boca de Goethe, el afamado autor de *Fausto*, ha sido discutida por si expresó realmente el deseo de liberar su espíritu de la materia terrena o el pedido de que se abriesen las ventanas para que pudiera ver todavía la luz del día.

Nunca se ha sabido.

Algunos años después de la muerte del poeta alemán, otro inmortal, el italiano Leopardi, al expirar exclamó: «Veo menos, abre esa ventana..., hazme ver la luz».

Musset, el gran soñador, después de padecer terribles años de insomnio («que el ensueño mata al sueño, está admitido») exclamó al expirar «voy por fin a dormir.»

El redactor de «El Día» (no el popular semanario que se editaba en esta ciudad) inquirió una vez a don Ramón de Campoamor para que le dijera algo de su vida, a lo que don Ramón contestó: «No, nada de lo que me ha pasado o, mejor dicho, no me ha pasado nada». Pero como el periodista insistiera, añadió: «Mire, lo que interesa de mi vida, no puede decirse; y en cambio, lo que puede decirse, no interesa».

El poeta y la anécdota. Diario *La Industria* de Trujillo. 12/04/92